

Vivienda y vida cotidiana: indicadores programáticos abstractos y figurativos en clave proyectual

Diego Fiscarelli (*) | Lucas Gastón Rodríguez (**)

Resumen: El artículo propone un marco para leer el programa arquitectónico de la vivienda desde la tensión abstracción/figuración, traducida en indicadores en clave proyectual. Sostiene que cuando el programa se reduce a un inventario función-forma se amplía la brecha entre proyecto y experiencia de uso; en cambio, al incorporar prácticas, tiempos y relaciones de la vida cotidiana mejora el desempeño, la compatibilidad de actividades y la adaptabilidad. Con discusión bibliográfica y codificación temática se deriva una matriz transferible a la formación y a lineamientos de rehabilitación integral.

Palabras clave: vivienda – vida cotidiana – proyecto – programa – matriz.

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 145]

(*) (**) Ver CV de Diego Fiscarelli y Lucas Gastón Rodríguez en página 146

Introducción

La vivienda de promoción pública se proyecta en un campo donde el programa arquitectónico no solo ordena superficies y relaciones: también configura una representación del habitar. (Paricio & Sust, 1998). En esa operación se inscribe una capa socio-cultural de supuestos: expectativas acerca de la convivencia, la intimidad, las tareas domésticas y de cuidado, y sobre la manera en que el interior se enlaza con expansiones y espacios comunes. De este modo, el programa actúa como un discurso que forma parte del proceso proyectual, en tanto define qué prácticas encuentran soporte, cuáles quedan forzadas a improvisar, y qué márgenes de transformación se toleran como parte de la vida doméstica.

Al mismo tiempo, el programa cumple una función técnica e institucional ineludible. Establece magnitudes, proximidades, condiciones ambientales, infraestructura y equipamiento, habilita el control de calidad y sostiene previsibilidad constructiva. Sin embargo, en el punto en que esa racionalidad se torna dominante, la vivienda corre el riesgo de

quedar fijada a un modelo doméstico prescriptivo o canónico, ajeno a la simultaneidad de usos, a los ritmos del cuidado y a las variaciones de los ciclos de vida. En consecuencia, podemos afirmar que la discusión programática se vuelve un problema proyectual de primer orden: no se trata solo de definir los usos de los espacios, sino de construir condiciones espaciales capaces de sostener diversidad de prácticas sin degradar la habitabilidad de los mismos.

Desde esta perspectiva, la vivienda de promoción pública se expresa en condiciones materiales específicas: barrios con accesos desiguales a equipamientos, movilidades exigentes, tiempos fragmentados y redes de apoyo variables. Allí las prácticas domésticas se despliegan bajo condiciones urbanas heterogéneas —proximidades, transporte, seguridad, disponibilidad de servicios— y bajo economías del hogar que reordenan la vida cotidiana. (Fiscarelli, 2024). Habitar entonces, se configura como un sistema de compatibilidades y fricciones, que se expresa en actividades simultáneas, horarios pico, negociaciones de privacidad, cuidados y mantenimiento doméstico que tensan la capacidad espacial e infraestructural de la vivienda. De este modo, el programa que nos interesa problematizar, se define menos por la suma de recintos y más por las condiciones que habilitan coexistencias y transformaciones, y todo esto sin pérdida de condiciones básicas de habitabilidad.

En simultáneo, el contexto de la vida urbana contemporánea amplifica el problema mediante el crecimiento de datos disponibles sobre hogares, movilidad, accesos y consumos. Esa posibilidad abre un campo fértil para formular programas más complejos, con mejores diagnósticos y mayor precisión. El desafío reside en la operación de lectura o abordaje, y podría orientarse a la resolución de cómo esos datos se convierten en información útil para decidir, cómo se interrelacionan variables heterogéneas y cómo se traducen en criterios proyectuales. En este sentido, la discusión sobre el programa arquitectónico de la vivienda se desplaza hacia un terreno relacional. A partir de aquí, podemos afirmar que su calidad depende del modo en que organiza compatibilidades, jerarquías y estructura tensiones del habitar, considerando su capacidad de para trasladarse a decisiones espaciales, topológicas, morfológicas y materiales.

Recuperando estas premisas, el artículo propone un puente metodológico entre vida cotidiana y proyecto: una matriz de variables y lineamientos programáticos orientada a la formulación del programa en vivienda de promoción pública. Este conjunto opera como herramienta de decisión: orienta definiciones sin clausurar la diversidad en tipologías rígidas y permite sostener criterios de complejidad sin diluir la capacidad de proyectar. Asimismo, el trabajo revisa instrumentos disciplinares que limitan la lectura de la vida cotidiana, y plantea complementar los repertorios programáticos con criterios que incorporen simultaneidades, cuidados, intensidades y transformaciones previsibles.

En este punto, la *figuración* programática incorpora un conjunto de condiciones que permiten leer transformaciones domésticas previsibles sin convertirlas en anomalías. Entre esas condiciones se ubica la adaptabilidad, entendida como capacidad proyectual

de admitir cambios de uso y reconfiguraciones preservando cualidades de habitabilidad (Fiscarelli, 2022).

La hipótesis sostiene que la distancia entre proyecto y experiencia de uso aumenta con una formulación programática abstracta (categorías estáticas) y disminuye cuando el programa incorpora criterios figurativos, en tanto concretan escenas, ritmos y relaciones del habitar y orientan decisiones proyectuales corroborables. El aporte central consiste entonces, en ofrecer un instrumento transferible: una matriz de indicadores programáticos orientada a fortalecer la utilidad de la vivienda pública para los sectores sociales a los que se destina, en el horizonte de una rehabilitación integral del hábitat y de una formación proyectual capaz de discutir sus propios conceptos en términos disciplinares.

Finalmente, el texto se inscribe en el ensayo arquitectónico, aunque con una particularidad: hace explícito el procedimiento de construcción del corpus, la codificación y la derivación de indicadores, para volver discutible y transferible el recorrido. En primer lugar, se definen de manera operativa los conceptos que ordenan el problema —programa, abstracción y figuración— y su vínculo con condiciones de transformación del habitar. En segundo lugar, se presenta un procedimiento de discusión bibliográfica y codificación temática para derivar variables e indicadores. En tercer lugar, se organiza la matriz resultante y se discuten alcances y límites para su aplicación en formulación programática y toma de decisiones proyectuales. Con ello, el artículo convoca a discutir con precisión categorías como vida cotidiana, espacios de relación y adaptabilidad, ubicándolas en el punto donde se sitúa la discusión: la capacidad de la vivienda para sostener diversidad de prácticas en condiciones de equidad.

Programa, abstracción y figuración: ensayo para una definición operativa

En diálogo con la convocatoria del dossier —que invita a reconocer la tensión abstracción/figuración como premisa fundante para discutir categorías proyectuales de la disciplina— este artículo adopta esa clave como marco de lectura del programa arquitectónico en la vivienda. En este sentido, el programa se define como un sistema de enunciados y decisiones que organiza el proyecto en torno a usos, relaciones, dimensiones, prestaciones y jerarquías; en definitiva, aborda necesidades funcionales, aspectos sociales y de simbolización cultural (Rodríguez & Fiscarelli, 2021).

En materia de vivienda, esa organización se vincula con prácticas que se superponen en el tiempo, con negociaciones de convivencia y con tareas de cuidado que modelan intensidades de uso. Por lo tanto, el programa se entiende como una hipótesis de desempeño: orienta cómo el sistema espacial e infraestructural sostiene prácticas reales de habitar (Sarquis, 2005).

Considerando la tensión abstracción/figuración que estructura el enfoque del artículo, se proponen dos registros de formulación programática. La distinción es operativa: permite definir cada registro y precisar sus efectos proyectuales.

- **Abstracción programática.** Este enfoque opera sobre la norma y la infraestructura. Se refiere a un modo de formulación que privilegia categorías generales, comparables y estables: listados de ambientes, superficies mínimas, relaciones de adyacencia, estándares de instalaciones y condiciones replicables. Este registro habilita trazabilidad técnica y administrativa, facilita control de calidad y favorece la producción de vivienda en marcos institucionales. En consecuencia, la *abstracción* programática remite al corpus de normativas, políticas y posicionamientos proyectuales, que cumplen una función estructural de eficiencia, equidad y solvencia técnica en la producción del soporte homogéneo para la vivienda de promoción pública.
- **Figuración programática.** Este enfoque opera sobre los hábitos, interfaces y sus efectos de apropiación. Se refiere a un modo de formulación que incorpora, dentro del lenguaje programático, variables que registran aspectos de la experiencia cotidiana y su complejidad: compatibilidad de actividades, temporalidades y picos de uso, gradientes de privacidad y exposición, soportes para tareas de cuidado, fricciones en recorridos, posibilidades de apropiación y capacidad de reconfiguración sin degradación. Este registro se apoya en discusiones que han situado la vida cotidiana como clave para pensar equidad y cuidados en vivienda y ciudad (Muxí, 2013; Col·lectiu Punt 6, 2014). Y si bien su naturaleza también es abstracta (conceptual), esta surge de la demanda de hechos concretos y particulares de realidades vigentes en el habitar cotidiano.

En consecuencia, el aporte se condensa en una matriz programática que vuelve operable la tensión abstracción/figuración y permite discriminar entre programas que estabilizan el habitar y programas que admiten reorganizaciones de las prácticas cotidianas sin degradar la calidad espacial. Del mismo modo, la matriz se plantea como aporte operativo para la rehabilitación integral de conjuntos habitacionales en el marco de políticas públicas: busca orientar intervenciones capaces de trabajar con la multidimensionalidad de la arquitectura (sitio, programa, materialidad, morfología y topología y sus relaciones de problematización, producción, espacialidad, significación y pertenencia) sin reducir el habitar a un listado de recintos ni tipificar de manera rígida a sus habitantes.

Vida cotidiana: un insumo proyectual.

En materia de vivienda, hablar de vida cotidiana supone construir una definición operativa capaz de sostener decisiones. La noción circula con sentidos múltiples en las ciencias sociales, y ese espesor conceptual no se resuelve por acumulación de referentes teóricos sino por un gesto de precisión: declarar desde qué enfoque se la recorta y con qué finalidad (Millán Otero, 2017). En este artículo, la vida cotidiana se toma como conjunto de actividades que satisfacen necesidades y sostienen la reproducción social, desplegadas en diversas esferas —productiva, reproductiva, propia y comunitaria—, en un soporte físico y en un tiempo determinado (Ciocoletto & Col·lectiu Punt 6, 2014, pp. 14–15). Esta definición permite evitar dos riesgos frecuentes: la reducción a inventario de acciones aisladas, y la abstracción que vuelve imprecisas algunas prácticas que, en la experiencia, producen fricciones y desigualdades concretas.

Desde el urbanismo con perspectiva de género, el punto decisivo reside en que los espacios no son un telón de fondo neutral, porque constituyen el soporte material de los usos sociales, y por lo tanto requieren ser leídos desde las tareas efectivas que organizan el día a día. En esa lectura, la vida cotidiana aparece atravesada por diferencias de género, edad, origen y condiciones de autonomía, que no se agregan como “variables externas” sino que se manifiestan espacialmente en la forma de moverse, encadenar actividades y negociar convivencias. En particular, las tareas de cuidado intensifican la complejidad de recorridos y articulaciones temporales: cambian las trayectorias, multiplican escalas y producen usos simultáneos que tensionan el desempeño espacial e infraestructural de la vivienda (Ciocoletto & Col·lectiu Punt 6, 2014, pp. 14–15).

En consecuencia, la vida cotidiana interesa aquí por su capacidad de volver corroborable el programa, y de este modo expone cuándo un esquema espacial sostiene compatibilidades de actividades y cuándo las traslada a la improvisación. De este modo, se vuelve pertinente la tensión abstracción/figuración: mientras la abstracción tiende a estabilizar correspondencias entre recinto y función, la figuración permite incorporar temporalidades, relaciones y condiciones de uso que afectan directamente la habitabilidad.

Metodología

El trabajo adopta una metodología teórica-bibliográfica, organizada en tres operaciones encadenadas: (a) recorte conceptual, (b) lectura comparada con codificación temática y (c) derivación de indicadores programáticos.

a) Recorte conceptual (definición de trabajo): Dada la pluridiscursividad de la noción de vida cotidiana, se establece un criterio explícito: su tratamiento como categoría útil para el proyecto, expresada en términos de actividades, relaciones, temporalidades e intensidades

con traducción espacial e infraestructural (Millán Otero, 2017). A partir de ese marco, se adopta la definición operativa que vincula esferas de actividad con soporte físico y tiempo.

b) Lectura comparada y codificación: Se propone una discusión bibliográfica de fuentes sobre programa arquitectónico, vivienda y vida cotidiana, identificando: (i) supuestos sobre normalidad del habitar; (ii) modos de estabilización del programa (abstracción); (iii) modos de incorporación de condiciones de uso (figuración); y (iv) criterios de corroboración proyectual. En paralelo, se toman como referencia instrumentos de evaluación urbana con perspectiva de género por su lógica de indicadores y su escala próxima, a fin de reconocer procedimientos de traducción entre experiencia cotidiana y criterios observables (Ciocoleto, 2014, pp. 6–7).

c) Derivación de variables e indicadores. A partir de la codificación, se construye una matriz de variables e indicadores programáticos formulados como lineamientos. Cada indicador se redacta en doble registro: uno abstracto (control, comparabilidad, replicabilidad) y otro figurativo (condiciones de uso, temporalidades y relaciones).

Registro programático abstracto

- Control de dimensiones (superficies por función, anchos mínimos, áreas de giro)
- Comparabilidad (valores promedio, densidades habitacionales)
- Replicabilidad (modulaciones, estandarizaciones)

Registro programático figurativo

- Condiciones de uso (flexibilidad, permeabilidad, confort)
- Temporalidades (ritmos, cambios por ciclos de vida)
- Relaciones (gradientes de privacidad, espacios comunes, vinculación al barrio)

El criterio de consistencia se centra en orientar decisiones corroborables en el proyecto y, especialmente, en procesos de rehabilitación de conjuntos habitacionales, donde el programa opera como herramienta estratégica para intervenir sobre fricciones de uso, deterioros y conflictos cotidianos.

Matriz de indicadores programáticos en tensión abstracción/figuración

La matriz se organiza en variables que evalúan el programa, en integración de indicadores de vida cotidiana, sin clausurar diversidad en tipificaciones y estandarizaciones. Cada variable incluye un par de indicadores: A (abstracto) y F (figurativo).

1. Encadenamientos de actividades y simultaneidad

- [Indicador A]. Corroborar relaciones básicas de proximidad entre áreas de preparar alimentos, higiene, descanso y almacenamiento, garantizando funcionalidad mínima y control dimensional.
- [Indicador F]. Corroborar capacidad de la vivienda para sostener superposición de tareas (cuidado, trabajo doméstico, apoyo escolar, microeconomías), evitando interferencias críticas en circulación, ventilación y acondicionamiento (Ciocoleto & Col-lectiu Punt 6, 2014, pp. 14–15).

2. Umbrales, expansiones y espacios de relación

- [Indicador A]. Incluir expansiones y/o áreas intermedias con dimensiones mínimas y condiciones ambientales controlables.
- [Indicador F]. Diseñar umbrales y espacios comunes que permitan relación, apoyo mutuo y sociabilidad sin exponer intimidad doméstica, entendiendo esos espacios como soporte de redes y convivencia (Ciocoleto & Col-lectiu Punt 6, 2014, pp. 12–13).

3. Infraestructura doméstica para reproducción social

- [Indicador A]. Garantizar prestaciones técnicas estandarizables (instalaciones, ventilaciones, drenajes, seguridad) y su trazabilidad constructiva.
- [Indicador F]. Corroborar soporte infraestructural para tareas intensivas y recurrentes (lavado, secado, guardado, mantenimiento), considerando que la esfera reproductiva exige más superficie y condiciones específicas para sostener habitabilidad (Ciocoleto & Col-lectiu Punt 6, 2014, pp. 16–17).

4. Privacidad, convivencia y negociaciones internas

- [Indicador A]. Asegurar separación mínima entre ámbitos de descanso y de estar, con control acústico y visual básico.
- [Indicador F]. Corroborar que la organización espacial permita negociaciones de convivencia en ciclos vitales cambiantes (adolescencias, adultos mayores, separaciones, nuevos grupos convivientes) evitando que la adaptación ocurra por degradación espacial o por sobreocupación conflictiva.

5. Red cotidiana ampliada y desempeño territorial

- [Indicador A]. Considerar, en el programa del conjunto, la previsión de equipamientos de apoyo o su articulación formal con sistemas existentes.
- [Indicador F]. Evaluar la “vida cotidiana ampliada” en relación con proximidad y accesibilidad a redes y equipamientos cotidianos, dado que el desempeño doméstico se reconfigura según el entorno próximo y sus condiciones de movilidad (Ciocoletto & Col·lectiu Punt 6, 2014, pp. 16–17; Ciocoletto, 2014, pp. 6–7).

Tabla 1. Matriz relacional entre variables programáticas

	V1	V2	V3	V4	V5
V1	—	(+) expansiones sostienen simultaneidad	(→) infraestructura habilita encadenamientos	(±) simultaneidad ↔ privacidad/ descanso	(→) entorno reconfigura tareas
V2	(+) umbrales ordenan superposición	—	(+) umbrales exigen prestaciones	(±) sociabilidad ↔ resguardo íntimo	(+) comunes articulan equipamientos
V3	(→) soporte técnico sostiene usos	(+) infraestructura cualifica umbrales	—	(→) prestaciones modulan convivencia	(+) redes descargan reproducción
V4	(±) separación regula intensidades	(±) relación sin exposición	(→) intensidades tensionan soporte	—	(+) accesos alivian tensiones
V5	(→) movilidad redistribuye cuidados	(+) red activa espacios comunes	(+) equipamientos apoyan tareas	(+) entorno amortigua conflictos	—

Fuente: elaboración propia en base a Ciocoletto & Col·lectiu Punt 6, 2014

Nota: Los cruces señalan sinergias, tensiones e influencias predominantes entre variables, para leer el programa como sistema relacional en vivienda de promoción pública.

Matriz relacional: Criterio de lectura.

En cada cruce entre variables se consignan relaciones sintéticas: (+) indica sinergia o refuerzo (al potenciar una variable, se fortalece la otra o se habilita su desempeño); ($\pm$) indica tensión (el aumento de una variable puede degradar la otra si no se incorporan mediaciones proyectuales); ($\rightarrow$) indica influencia predominante (una variable condiciona de modo principal el desempeño de la otra y exige respuestas de proyecto). La diagonal se marca con (—) por tratarse de autocorrespondencias.

A continuación, se presenta una situación de uso que permite corroborar cómo la matriz opera como un sistema de relaciones: qué variable tensiona a cuál y qué decisiones proyectuales se derivan de esa lectura. En una vivienda donde se superponen tareas de cuidado, trabajo doméstico y apoyo escolar (V1: Encadenamientos de actividades y simultaneidad), la intensificación de usos tiende a tensionar las condiciones de privacidad y las negociaciones internas (V4: Privacidad, convivencia y negociaciones internas), especialmente en ciclos vitales cambiantes (adolescencias, adultos mayores, separaciones o nuevos convivientes). Leída desde la matriz, esta relación (V1–V4) obliga a evitar que la adaptación ocurra por degradación espacial (por ejemplo, ocupación del dormitorio como espacio comodín o interferencias críticas en circulación y ventilación) y, en cambio, invita a tomar decisiones proyectuales corroborables: introducir gradientes de privacidad (filtros, transiciones, accesos diferenciados), asegurar separaciones mínimas entre ámbitos de estar y descanso con control acústico y visual básico, y prever configuraciones que permitan reorganizaciones sin sobreocupación conflictiva.

Discusión

La tensión que este trabajo retoma, en virtud de acompañar la propuesta del dossier, permite formular una discusión disciplinar concreta: qué entiende el programa por habitar y cómo esa definición se vuelve operativa en decisiones proyectuales. En vivienda de promoción pública, el programa suele presentarse como un orden técnico que organiza superficies, relaciones y prestaciones; sin embargo, su alcance real es mayor, porque condensa una idea de normalidad doméstica, selecciona prácticas legitimadas y define márgenes de transformación tolerables. En síntesis, el programa no solo describe: estructura condiciones de habitabilidad, porque anticipa qué puede ocurrir sin conflicto y qué queda relegado a la improvisación cotidiana.

A partir de allí, la discusión se vuelve corroborable cuando se incorpora la vida cotidiana como criterio de lectura. La vida cotidiana no se agota en actividades domésticas; nombra una composición de tiempos, intensidades, recorridos y tareas que sostienen necesidades y vínculos, y que se despliegan en un soporte físico específico (Ciocchetto & Col-lectiu Punt 6, 2014). Cuando esa composición queda fuera, el programa se estabiliza en corres-

pondencias previsibles entre función y recinto y pierde capacidad para describir lo que efectivamente ocurre: simultaneidades, superposiciones, acuerdos internos, tensiones por privacidad, picos horarios, estrategias domésticas de cuidado y mantenimiento.

La consecuencia proyectual es directa: el desfase entre prefiguración programática y experiencia se traduce en deterioro de desempeño, tanto en la unidad como en los espacios comunes del conjunto. En este punto, el urbanismo con perspectiva de género aporta una precisión decisiva: la vida cotidiana se organiza en esferas que se entremezclan y que están atravesadas por desigualdades, por lo cual el soporte espacial no puede tratarse como neutral (Ciocoleto & Col·lectiu Punt 6, 2014). De esa afirmación se desprende un efecto programático: si el programa se escribe suponiendo un usuario homogéneo y una secuencia doméstica lineal, queda ciego frente a recorridos más complejos, encadenamientos de tareas y responsabilidades de cuidado que reconfiguran el uso del espacio y la demanda de infraestructura. La discusión sobre el programa deja de ser un debate formal y se convierte en un debate sobre equidad de desempeño: quién puede habitar con menor desgaste, quién debe invertir más tiempo y energía para lograr lo mismo, quién paga los costos cotidianos de una programación simplificada.

La escala urbana vuelve aún más denso el problema. Urbanizaciones que exacerban la separación entre residencia y actividades productivas, equipamientos y comercio, con conectividades débiles y dependencia del vehículo privado, reordenan la vida cotidiana desde afuera y suelen hacerlo de forma desigual: según género, edad, situación familiar, origen y condición socioeconómica, cambian los tiempos de traslado, la autonomía y el acceso efectivo a redes de apoyo (Ciocoleto & Col·lectiu Punt 6, 2014). Para el programa, esto implica una exigencia: no puede restringirse a la escala de la unidad, sino incorporar la red de soportes y relaciones que se activan fuera de ella (espacios comunes, equipamientos, accesibilidad).

Aquí conviene recuperar un punto conceptual, tal vez de carácter más genérico. La vida cotidiana refiere al ámbito donde se expresan tensiones entre modelos de vida, organización social del tiempo y formas materiales del espacio. Pensarla como simple rutina empobrece el problema; pensarla como escena crítica permite entender por qué el programa se convierte en un dispositivo sensible, donde se decide qué prácticas se facilitan y cuáles se convierten en fricción persistente (Lefebvre, 1972). En esa línea, la abstracción programática resulta útil cuando organiza control, comparabilidad y replicabilidad; pero se vuelve insuficiente cuando pretende absorber toda la complejidad del habitar. La figuración, en cambio, permite incorporar condiciones de uso y temporalidades sin convertir el programa en un planteamiento modélico: lo vuelve capaz de anticipar compatibilidades, tensiones y transformaciones previsibles.

Por su parte, la matriz se justifica por su procedimiento: recorta un enfoque operativo de vida cotidiana, codifica problemas recurrentes y deriva lineamientos discutibles, corroborables y transferibles. Esta explicitación evita que vida cotidiana funcione como palabra

de prestigio sin consecuencias proyectuales. La discusión también debe hacerse cargo de un entusiasmo contemporáneo que suele operar como atajo: la disponibilidad de datos. Contar con información sobre hogares, movilidad, accesos y consumos abre un campo fértil para formular programas más complejos; sin embargo, el punto decisivo no es sumar variables, sino construir lecturas relacionales capaces de jerarquizar tensiones y traducirlas en decisiones espaciales e infraestructurales. En este aspecto, los instrumentos de diagnóstico con perspectiva de género aportan un aprendizaje pertinente: combinar indicadores con experiencia cotidiana permite sostener evaluación y comparación sin perder contacto con lo que efectivamente ocurre (Ciocoletto, 2014). El dato no reemplaza la lectura; la lectura es la operación proyectual que hace al dato útil.

Finalmente, el argumento adquiere su mayor relevancia cuando se lo sitúa en la rehabilitación integral de conjuntos habitacionales. Allí, el programa no opera como formulario de inicio, sino como herramienta estratégica para intervenir sobre un tejido ya vivido: fricciones repetidas, sobrecargas de uso, déficits infraestructurales, desgastes en espacios comunes, conflictos de convivencia, pérdidas de calidad ambiental. En ese campo, la matriz de indicadores no busca tipificar hogares ni fijar conductas; busca orientar decisiones que reduzcan desgaste cotidiano y aumenten compatibilidades, con criterios discutibles y corroborables. Su valor es doble: actúa como plataforma crítica para leer el conjunto y como lenguaje para convertir esa lectura en premisas de intervención.

Este enfoque, por supuesto, no está exento de límites. Traducir vida cotidiana a lineamientos implica recorte: se seleccionan aspectos observables, se definen umbrales y se corre el riesgo de reintroducir normatividades bajo lenguaje técnico. Esa fragilidad se atiende con reglas de uso del instrumento: explicitar supuestos, declarar escalas, habilitar instancias de contraste con prácticas reales y ajustar por contexto. En esa condición se juega una apuesta disciplinar precisa: que el programa sea auditable en su sentido más riguroso, es decir, que pueda someterse a revisión crítica y a corroboración proyectual, para sostener una vivienda pública más útil, más equitativa y más capaz de reconocer la diversidad del habitar.

Conclusiones

Este artículo sostuvo que el programa arquitectónico no es un umbral administrativo ni un inventario de recintos: es un modo de ordenar la relación entre una promesa pública de habitabilidad y la experiencia concreta del habitar. La tensión entre abstracción y figuración, tal como la plantea la convocatoria del dossier, permitió poner en evidencia un punto decisivo: la vivienda se vuelve más distante cuando el programa se encierra en correspondencias estables entre función y forma, y se vuelve más útil cuando incorpora condiciones capaces de registrar temporalidades, simultaneidades, intensidades y acuerdos de convivencia que estructuran la vida cotidiana. Esa distancia —o su reducción— no es un matiz teórico: se corrobora en el desempeño de la vivienda, en su capacidad de sostener prácticas

diversas sin degradación de calidad espacial, ambiental y relacional.

Desde esa premisa, la matriz de variables e indicadores se propuso como un lenguaje intermedio entre experiencia y decisión proyectual. Su finalidad no consiste en tipificar actividades ni fijar usuarios, sino en ofrecer lineamientos que vuelvan discutible y corroborable lo que suele quedar naturalizado en el programa: qué supuestos sobre normalidad del habitar se incrustan en la formulación, qué compatibilidades se consideran posibles, qué fricciones se aceptan como inevitables, y qué tareas —en especial las vinculadas al cuidado y a la gestión doméstica— quedan sin soporte cuando el programa se redacta con una economía excesiva de categorías. En ese sentido, el indicador funciona como premisa crítica: no clausura la diversidad, pero obliga a decidir con mayor precisión dónde se juega la habitabilidad.

Así, el aporte pretende incidir en dos campos complementarios. En la formación proyectual, la matriz permite enseñar la tensión norma/vida cotidiana como problema disciplinar, desplazando el programa de la rutina hacia el pensamiento crítico: diagramar programa equivale a construir un marco de lectura del habitar y, por lo tanto, asumir responsabilidades sobre aquello que se habilita y aquello que se vuelve improductivo, conflictivo o costoso para los hogares. En las políticas públicas —y, en particular, en la rehabilitación integral de conjuntos habitacionales— el instrumento ofrece un modo de convertir diagnósticos dispersos en criterios de intervención: ayuda a detectar dónde la vivienda falla por incompatibilidades repetidas, dónde la infraestructura no acompaña intensidades de uso, y dónde los espacios de relación carecen de condiciones para sostener convivencia sin deterioro.

Por último, el artículo insistió en una cuestión contemporánea que suele resolverse con entusiasmo acrítico: la disponibilidad de datos no garantiza mejores programas. La información útil para el proyecto no surge de acumular variables, sino de construir relaciones entre ellas, jerarquizar tensiones y traducirlas en premisas espaciales, topológicas, morfológicas y materiales. En ese trabajo de lectura se juega, hoy, una posibilidad concreta: que la vivienda de promoción pública deje de estabilizar una vida doméstica abstracta y se convierta en soporte de modos de habitar diversos, con capacidad de transformación y con horizonte de equidad.

Bibliografía

- Ciocoletto, A., & Col·lectiu Punt 6. (2014). *Espacios para la vida cotidiana: Auditoría de calidad urbana con perspectiva de género*. Comanegra.
- Col·lectiu Punt 6. (2014). *Mujeres trabajando: Guía de reconocimiento urbano con perspectiva de género*. Comanegra.
- Fiscarelli, D. (2022). *Volver al proyecto. Un análisis de la vivienda social adaptable desde la Investigación Proyectual*. Ed. Diseño.

- Fiscarelli, D. M. (2024). Vivienda social. Flexibilidad e igualdad de género. Análisis disciplinar de un caso reciente desde la vida cotidiana. *AREA*, 31(1), 1–15. <https://doi.org/10.62166/area.31.1.2972>
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno* (A. Escudero, trad.). Alianza Editorial.
- Millán Otero, K. L. (2017). Pluridiscursividad de la noción de vida cotidiana en las ciencias sociales. *Revista Katharsis*, (23), 202–217.
- Muxí Martínez, Z. (2013). *Postsuburbia: Rehabilitación de urbanizaciones residenciales monofuncionales de baja densidad*. Comanegra.
- Paricio, I., & Sust, X. (1998). *La vivienda contemporánea: Programa y tecnología*. Institut de Tecnologia de la Construcció de Catalunya (ITeC).
- Rodríguez, L., & Fiscarelli, D. (2021). *Teoría y praxis de la arquitectura contemporánea. Aportes en investigación y docencia desde el saber proyectual*. FADA-UNA.
- Sarquis, J. (2005). *Arquitectura y modos de habitar*. Nobuko.

Abstract: The article proposes a framework for reading the architectural program of housing through the tension between abstraction and figuration, translated into design-oriented indicators. It argues that when the program is reduced to a function-form inventory, the gap between project and user experience widens; conversely, by incorporating practices, times, and relationships of everyday life, performance, activity compatibility, and adaptability improve. Through bibliographic discussion and thematic coding, a transferable matrix is derived for education and for guidelines in comprehensive rehabilitation.

Keywords: housing – everyday life – design – program – matrix.

Resumo: O artigo propõe um marco para ler o programa arquitetônico da habitação a partir da tensão abstração/figuração, traduzida em indicadores de caráter projetual. Sustenta que, quando o programa se reduz a um inventário função-forma, amplia-se a lacuna entre projeto e experiência de uso; em contrapartida, ao incorporar práticas, tempos e relações da vida cotidiana, melhoram o desempenho, a compatibilidade das atividades e a adaptabilidade. Com discussão bibliográfica e codificação temática, deriva-se uma matriz transferível para a formação e para diretrizes de reabilitação integral.

Palavras-chave: habitação – vida cotidiana – design – programa – matriz

Diego Fiscarelli: Especialista en Investigación Proyectual orientación Vivienda, en la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo (FADU-UBA).

Doctor en Arquitectura y Urbanismo por el Doctorado en Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata. (año 2016).

Actualmente se desempeña como Investigador Asistente del CONICET.

Es docente de Teoría de la arquitectura en la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad Nacional de La Plata.

Ha publicado recientemente dos libros:

“Teoría y praxis de la arquitectura contemporánea: aportes en investigación y docencia desde el saber proyectual”. Editado en 2022 por la Universidad Nacional de Asunción. Paraguay.

Y además “Volver al proyecto: un análisis de la vivienda social adaptable desde la Investigación Proyectual”. Editado por Kliczkowski (Buenos Aires) en 2022.

Lucas Gastón Rodríguez: Doctor en Arquitectura y Urbanismo (FAU - UNLP). Doctor en Ciencias, área Energías Renovables (FCE - UNSA). Especialista en Docencia Universitaria (FAU - UNLP). Miembro de la Carrera de Investigador Científico y Tecnológico (CIC-CONICET). Profesor de posgrado, investigador y director del Grupo de Investigación en Formaciones de la Arquitectura (DGyT - UNS). Profesor titular, investigador y director del Observatorio de Prácticas Pedagógicas en Proyecto (FDyC - UDE). Profesor-investigador invitado del Departamento de Construcciones Arquitectónicas, EPS, Universidad de Alicante.

Cuenta con producción de artículos y libros en didáctica proyectual. Coordina y dicta posgrados en Carreras y Programas de Capacitación Docente en diseño, arquitectura y sostenibilidad para UNS, UNLP, UDE, UNNE, UNA (Paraguay) y UA (España).